

BEATRIZ

I

Un jardín señorial, lleno de noble recogimiento, cercaba el Palacio. Entre mirtos seculares, blanqueaban estatuas de dioses y pobres estatuas mutiladas! Los cedros y los laureles, cimbreaban con angusta melancolía sobre las fuentes abandonadas; algún tritón, cubierto de hojas, borboteaba á intervalos su risa quimérica, y el agua temblaba en la sombra, con un latido de vida misteriosa y encantada. La Condesa, casi nunca salía del palacio: contemplaba el jardín desde el balcón plateresco de su alcoba, y con la sonrisa amable de las devotas linajudas, le pedía á Fray Angel, su capellán, que cortase las rosas para el altar de la capilla. Era muy piadosa la Condesa. Vivía como una priora noble retirada en las estancias tristes y silenciosas de su palacio, con los ojos vueltos hacia el pasado jese pasado que los reyes de armas poblaron de leyendas heráldicas! Carlota Elena Aguiar y Bolaño, Condesa de Porta-Dei, las aprendiera cuando niña deletreando los rancios nobiliarios. Descendía de la Casa de Bradomín, una de las más antiguas y esclarecidas, según afirman ejecutorias de nobleza y cartas de hidalguía signadas por el señor rey D. Carlos I. La Condesa guardaba como reliquias aquellas páginas infanzonas aforradas en velludo carmesí, que de los siglos pasados hacían gallarda remembranza con sus grandes letras floridas, sus orlas historiadas, sus grifos heráldicos, sus emblemas caballescrescos, sus cimbras empenachadas y sus escudos de dieciseis cuarteles miniados, con paciencia monástica, de gules y de azur, de oro y de plata, de sable y de sinople. La Condesa era unigénita del célebre Marqués de Bradomín, que tanto figuró en la primera

guerra carlista. Hecha la paz después de la traición de Vergara—nunca los leales llamaron de otra suerte al convenio—el Marqués de Bradomín emigró á Roma. Aquellos tiempos eran los hermosos tiempos del Papa-Rey, y el caballero español fué uno de los gentiles-hombres extranjeros con cargo palatino en el Vaticano. Durante muchos años llevó sobre sus hombros el manto azul de los guardias nobles, y lució la bizarra ropilla acuchillada de terciopelo y raso. ¡El mismo arreo galán con que el divino Sanzio retrató al divino César Borgia! Los títulos de marqués de Bradomín, conde de Barbazán y conde de Lantano, extinguieronse con el buen caballero D. Pedro Aguiar y Mendoza, que maldijo en su testamento, con arrogancias de castellano leal, á toda su descendencia, si entre ella había uno solo que, traidor ó vanidoso, pagase lanzas y annatas á cualquier Señor Rey que no lo fuese por la Gracia de Dios. Su hija admiró llorosa la soberana gallardía de aquella maldición que se levantaba del fondo de un sepulcro, y acatando la voluntad paterna, dejó perderse los títulos que honraran veinte de sus abuelos; pero suspiró siempre por el marquesado de Bradomín. Para consolarse solía leer, cuando sus ojos estaban menos cansados, el nobiliario del monje de Armentáriz, donde se cuentan los orígenes de aquel esclarecido linaje.

Si más tarde tituló de condesa, fué por gracia pontificia.

II

La mano atezada y flaca del capellán levantaba el blasonado cortinón.
—¿Da su permiso la señora Condesa?

—Adelante, Fray Angel.

El capellán entró. Era un viejo alto y seco, con el andar dominador y marcial. Llegaba de Bradomín, donde estuviera cobrando los forales del mayorazgo. Acababa de apearse en la puerta del palacio, y aún no se descalzara las espuelas... Allá, en el fondo del estrado, la noble Condesa suspiraba tendida sobre el canapé de damasco carmesí. Apenas se veía dentro del salón. Caía la tarde adusta é invernal. La Condesa rezaba en voz baja, y sus dedos, lirios blancos aprisionados en los mitones de encaje, pasaban lentamente las cuentas de un rosario traído de Jerusalén. Largos y penetrantes alaridos llegaban al salón desde el fondo misterioso del palacio: agitaban la oscuridad, palpitaban en el silencio, como las alas del murciélago Lucifer...

Fray Angel se santiguó.

—¡Válgame Dios! ¿Sin duda el demonio continúa martirizando á la señorita Beatriz?

La Condesa puso fin á su rezo, santiguándose con el crucifijo del rosario, y suspiró:

—¡Pobre hija mía! El demonio la tiene poseída. A mí me da espanto oírle gritar, verla retorcerse como una salamandra en el fuego... Me han hablado de una saludadora que hay en Celtigos. Será necesario llamarla. Cuentan que hace verdaderos milagros.

Fray Angel, indeciso, movía la tonsurada cabeza.

—Sí que los hace; pero lleva veinte años encamada.

—Se manda el coche, Fray Angel.

—Imposible por esos caminos, señora.

—Se la trae en silla de manos.

—Únicamente ¡Pero es difícil, muy difícil! La saludadora pasa del siglo... Es una reliquia...

Viendo pensativa á la Condesa, el capellán guardó silencio. Era un viejo de ojos enfoscados y perfil aguileño, inmóvil, como tallado en granito. Recordaba á esos obispos guerreros que en las catedrales duermen ó rezan á la sombra de un arco sepulcral. Fray Angel había sido uno de aquellos ca-

becillas tonsurados, que robaban la plata de sus iglesias para acudir en socorro de la facción. Años después, ya terminada la guerra, aún seguía aplicando su misa por el alma de Zumalacárregui. La dama, con las manos en cruz, suspiraba. Los gritos de Beatriz llegaban al salón en ráfagas de loco y rabioso ulular. El rosario temblaba entre los dedos piadosos de la Condesa que, sollozante, musitaba casi sin voz:

—¡Pobre hija! ¡Pobre hija!

Fray Angel preguntó:

—¿No estará sola?

La Condesa cerró los ojos lentamente al mismo tiempo que, con un ademán lleno de cansancio, reclinaba la cabeza en los cojines del canapé.

—Está con mi tía la generala y con el señor Penitenciario, que iba á decirle los exorcismos.

—¡Ah! ¿Pero está aquí el señor Penitenciario?

La Condesa respondió tristemente:

—Mi tía le ha traído.

Fray Angel habíase puesto en pie con extrañó sobresalto.

—¿Qué ha dicho el señor Penitenciario?

—Yo no le he visto aún.

—¿Hace mucho que está ahí?

—Tampoco lo sé, Fray Angel.

—¿No lo sabe la señora Condesa?

—No... He pasado toda la tarde en la capilla. Hoy comencé una novena á la Virgen de Bradomín. Si sana á mi hija, le regalaré el collar de perlas y los pendientes que fueron de mi abuela la Condesa de Barbazán.

Fray Angel escuchaba con torva inquietud. Sus ojos, enfoscados bajo las cejas, parecían dos alimañas monteses azoradas. Calló la dama suspirante. El capellán permaneció en pie.

—Señora Condesa, voy á mandar ensillar la mula y esta noche me pongo en Celtigos. Si se consigue traer á la saludadora, debe hacerse con gran sigilo. Sobre la madrugada ya podemos estar aquí.

La Condesa volvió al cielo los ojos, que tenían un cerco amoratado.

—¡Dios lo haga!

Y la noble señora, arrollando el ro-

sario entre sus dedos pálidos, levantóse para volver al lado de su hija. Un gato que dormitaba sobre el canapé, saltó al suelo, enarcó el espinazo y la siguió maullando... Fray Angel se adelantó: la mano atezada y flaca del capellán sostuvo el blasonado cortinón; pero la Condesa pasó con los ojos bajos y no pudo ver que temblaba...

III

Beatriz parecía una muerta: con los párpados entornados, las mejillas muy pálidas y los brazos tendidos á lo largo del cuerpo, yacía sobre el antiguo lecho de madera legado á la Condesa por Fray Diego Aguiar, un obispo de la noble casa de Bradomín, tenido en opinión de santo. La alcoba de Beatriz era una gran sala entarimada de castaño, oscura y triste. Tenía angostas ventanas de montante, donde arrullaban las palomas, y puertas monásticas, de paciente y arcaica ensambadura, con clavos danzarines en los floreados herrajes. El señor Penitenciario y misia Carlota, la anciana generala, retirados en un extremo de la alcoba, hablaban muy bajo. El canónigo hacia pliegues al manto. Sus sienes calvas, su frente marfileña, brillaban en la oscuridad. Rebuscaba las palabras, como si estuviese en el confesionario, poniendo sumo cuidado en cuanto decía y empleando largos rodeos para ello. Misia Carlota le escuchaba atenta, y entre sus dedos, secos como los de una momia, temblaban las agujas de madera y el ligero estambre de su calceta. Estaba pálida, y sin interrumpir al señor Penitenciario, de tiempo en tiempo repetía anodada:

—¡Pobre niña! ¡Pobre niña!

Como Beatriz lloraba suspirando, se levantó para consolarla. Después volvió al lado del canónigo, que con las manos cruzadas y casi ocultas entre los pliegues del manto, parecía sumido en grave meditación. Misia Carlota, que había sido siempre dama de gran entereza, se enjugaba los ojos y no era dueña de ocultar su pena. El señor penitenciario le preguntó en voz baja:

—¿Cuándo llegará ese fraile?
—Tal vez haya llegado.
—¡Pobre Condesa! ¿Qué hará?
—¡Quien sabe!
—¿Ella no sospecha nada?
—¡No podía sospechar!...
—Es tan doloroso tener que decirselo...

Callaron los dos. Beatriz seguía llorando. Poco después entró la Condesa: procuraba parecer serena: llegó hasta la cabecera de Beatriz, inclinóse en silencio y besó la frente yerta de la niña. Con las manos en cruz, semejante á una dolorosa, y los ojos fijos, estuvo largo tiempo contemplando aquel rostro querido. Era la Condesa todavía hermosa; prócer de estatura y muy blanca de rostro, con los ojos azules y las pestañas rubias, de un rubio dorado que tendía leve ala de sombra en aquellas mejillas tristes y altaneras. El señor Penitenciario se acercó:

—Condesa, necesito hablar con ese Fray Angel.

La voz del canónigo, de ordinario acariciadora y susurrante, estaba llena de severidad. La Condesa se volvió sorprendida.

—Fray Angel no está en el palacio, señor Penitenciario.

Y sus ojos azules, aún empañados de lágrimas, interrogaban con afán, al mismo tiempo que sobre los labios marchitos temblaba una sonrisa amable y prudente de dama devota. La anciana generala, que estaba á la cabecera de Beatriz, se aproximó muy quedo:

—No hablen ustedes aquí... Carlota, es preciso que tengas valor.

—¡Dios mío! ¿Qué pasa?

—¡Calla!

Al mismo tiempo llevaba á la Condesa fuera de la estancia. El señor Penitenciario bendijo en silencio á Beatriz, y sin recoger sus hábitos tales salió detrás. Misia Carlota no traspuso el umbral de la puerta, y santiguándose volvió sola al lado de Beatriz; posó su mano, llena de arrugas, sobre la frente tersa de la niña y murmuró:

—¡Hija mía, no tiembles!... ¡No temas!...

Cabalgó en la nariz los quevedos con guarnición de concha, abrió un libro de oraciones, por donde marcaba el registro de seda ya desvanecida, y comenzó á leer en alta voz.

Oración.

«¡Oh Tristísima y Dolorísima Virgen María, mi Señora, que siguiendo las huellas de vuestro amantísimo Hijo, y mi Señor Jesucristo, llegasteis al Monte Calvario, donde el Espíritu Santo quiso regalaros como en monte de mirra, y os ungió Madre del linaje humano! Concededme, Virgen María, con la Divina Gracia, el perdón de los pecados, y apartad de mi alma los malos espíritus que la cercan, pues sois poderosa para arrojar á los demonios de los cuerpos y de las almas. Yo espero, Virgen María, que me concedáis lo que os pido, si ha de ser para vuestra mayor gloria, y mi salvación eterna. Amén.»

Beatriz repitió:

—¡Amén!

IV

Los ojos del gato, que hacía centinela al pie del brasero, lucían en la oscuridad. La gran copa de cobre, adornada con medallones llenos de abolladuras, aún guardaba entre la ceniza algunas ascuas mortecinas. En el fondo apenas esclarecido del salón, sobre las cortinas de terciopelo, brillaba el metal de los blasones bordados: la puente de plata y los nueve roeles de oro que D. Enrique III diera por armas al Señor de Bradomín, Pedro Aguiar de Tor, llamado el «Chivo» y también el «Viejo». Las rosas marchitas perfumaban la obscuridad, deshojándose misteriosas en los antiguos floreros de porcelana, que imitaban manos abiertas. Un criado encendió los candelabros de plata que había sobre las consolas, y se retiró en silencio. Poco después la Condesa y el Penitenciario entraban en el salón. La dama, con ademán resignado y noble, ofreció al eclesiástico asiento en el ca-

napé, y trémula y abatida por oscuros presentimientos, se dejó caer en un sillón. El canónigo, con la voz ungiada de solemnidad, empezó á decir:

—Es un terrible golpe, Condesa...

La dama suspiró:

—¡Terrible, señor Penitenciario!

Quedaron silenciosos. La Condesa se enjugaba las lágrimas que humedecían el fondo azul de sus pupilas. Al cabo de un momento murmuró, cubierta la voz por un anhelo que apenas podía ocultar:

—¡Temo tanto lo que usted va á decirme!

El canónigo inclinó con lentitud su frente pálida y desnuda, que parecía macerada por las graves meditaciones teológicas:

—¡Es preciso acatar la voluntad de Dios!

—¡Es preciso!... ¡Pero que hice yo para merecer una prueba tan dura!

—¡Quién sabe hasta dónde llegan sus culpas! Y los designios de Dios, nosotros no los conocemos.

La Condesa cruzó las manos dolorida:

—Ver á mi Beatriz privada de la Gracia, poseída de Satanás...

El canónigo la interrumpió:

—¡No, esa niña no está poseída... Hace veinte años que soy Penitenciario en nuestra catedral, y un caso de conciencia tan doloroso, tan extraño no lo había visto. ¡La confesión de esa niña enferma todavía me estremecel...

La Condesa levantó los ojos al cielo.

—¡Se ha confesado! Sin duda Dios Nuestro Señor quiere volverle su Gracia. ¡He sufrido tanto viendo á mi pobre hija aborrecer de todas las cosas santas! Porque antes estuvo poseída, señor Penitenciario.

—No, Condesa; no lo estuvo jamás.

La Condesa sonrió tristemente, inclinándose para buscar su pañuelo, que acababa de perderle. El señor Penitenciario lo recogió de la alfombra: era blanco, mundano y tibio, perfumado de incienso y estoraque, como los corporales de un cáliz.

—Aquí está, Condesa.

—Gracias, señor Penitenciario.

El canónigo sonrió levemente: era

alto y encorvado, con manos de obispo y rostro de jesuita: tenía la frente desguarnida, las mejillas tristes, el mirar amable, la boca sumida, llena de sagacidad. Recordaba el retrato del cardenal Cosme de Ferrara que pintó el Perugino. Tras leve pausa continuó:

—En este palacio, señora, se hospeda un sacerdote impuro, hijo de Satanás...

La Condesa le miró horrorizada.

—¿Fray Angel?

El Penitenciario afirmó inclinando tristemente la cabeza, cubierta por el solideo rojo, privilegio de aquel cabillo. La llama de las bujías brilló en sus anteojos de oro; con la voz un poco trémula murmuró:

—Esa ha sido la confesión de Beatriz. ¡Por el terror y por la fuerza han abusado de ella!...

La Condesa se cubrió el rostro con las manos, que parecían de cera: sus labios no exhalaban un grito. El Penitenciario la contemplaba en silencio. Después continuó.

—Beatriz ha querido que fuese yo quien advirtiese á su madre. Mi deber era cumplir su ruego. ¡Triste deber, Condesa! La pobre criatura, de pena y de vergüenza, jamás se hubiera atrevido. Su desesperación al confesarme su falta era tan grande, que llegó á infundirme miedo. ¡Ella creía su alma condenada, perdida para siempre!

La Condesa, sin descubrir el rostro, con la voz ronca por el llanto, exclamó:

—¡Yo haré matar al capellán! ¡Le haré matar! ¡Y á mi hija no la veré más!

El canónigo interrumpió, levantándose lleno de severidad:

—Condesa, el castigo debe dejarse á Dios. Y en cuanto á esa niña, ni una palabra que pueda herirla, ni una mirada que pueda avergonzarla.

Agobiada, yerta, la Condesa solloza, solloza como las madres ante la sepultura abierta de sus hijos. Allá fuera, las campanas de un convento volteaban alegremente, anunciando la novena que todos los años hacían las monjas á la seráfica fundadora. En el salón las bujías lloraban sobre las arandelas do-

radas, y en el borde del brasero apagado dormía el gato.

V

Los gritos de Beatriz resonaron en todo el palacio... La condesa estremecióse oyendo aquel plañir que hacía miedo en el silencio de la noche, y acudió presurosa.

La niña, con ojos extraviados y el cabello destrenzándose sobre los hombros, se retorció á los pies del antiguo lecho salomónico; su rubia y magdalénica cabeza golpeaba contra el entarimado; de la frente yerta y angustiada, manaba un hilo de sangre. Retorcíase bajo la mirada muerta é intensa del Cristo: un Cristo de ébano y marfil, con caballera humana, los divinos pies iluminados por agonizante lamparilla de plata, el rostro envuelto en la sombra del dosel que bordaran las manos de una abadesa noble. Beatriz hacía recordar aquellas blondas princesas, santas de trece, que martirizaban su carne ya tñtada por Satán. Al entrar la Condesa se incorporó con extravío: la faz lívida, los labios trémulos, como rosas que van á deshojarse. Su cabellera apenas cubría la candidez de los senos:

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Perdóname!

Y le tendía las manos, que parecían dos blancas palomas azoradas. La Condesa quiso alzarla en sus brazos.

—¡Sí, hija, sí! Acuéstate ahora, pobrecita mía.

Beatriz retrocedió, los ojos horrorizados, fijos en el revuelto lecho.

—¡Ahí está Satanás! ¡Ahí duerme Satanás! Viene todas las noches. Ahora vino y se llevó mi escapulario. Me ha mordido en el pecho. ¡Yo grité, grité! Pero nadie me oía. Me muerde siempre en este pecho...

Y Beatriz mostrábale á su madre el seno de huellura eucarística, donde se veía la huella negra que dejan los labios de Lucifer cuando besan. La Condesa, pálida como la muerte, descolgó el crucifijo y lo puso sobre las almohadas:

—¡No temas, hija mía! ¡Nuestro Señor Jesucristo vela ahora por tí!

—¡No! ¡No!

Y Beatriz se estrechaba al cuello de su madre. Temerosas las dos, fueron á refugiarse en el fondo de la alcoba, sobre el antiguo sofá de seda azul con pájaros quiméricos, uno de esos muebles arcaicos que todavía se hallan en las casas de abolengo y parecen conservar en su seda labrada y en sus molduras lustrosas el respeto y la severidad engolada de los antiguos linajes. La Condesa arrodillóse en el suelo; entre sus manos guardó los pies descalzos de la niña, como si fuesen dos pájaros enfermos y ateridos. Beatriz, ocultando la frente en el hombro de su madre, musitó:

—Mamá querida; fué una tarde que bajé á la capilla para confesarme... Yo te llamé gritando; tú no me oíste... Después quería venir todas las noches y yo estaba condenada...

—¡Calla, hija mía! ¡No recuerdes!...

Y las dos lloraron juntas en silencio, mientras sobre la puerta de arcaica ensambladura y floreados herrajes arrullaban dos tórtolas, que Fray Angel había criado para Beatriz... La niña apoyó la cabeza en el hombro de su madre, y trémula y suspirante adormeciéndose poco á poco. La luna de invierno brillaba en el montante de las ventanas y su luz blanca se difundía por la estancia. Fuera se oía el viento, que sacudía los árboles del jardín, y el rumor de una fuente. La Condesa acostó á Beatriz en el canapé, y silenciosa, llena de amoroso cuidado, la cubrió con una colcha de damasco carmesí, ese damasco antiguo, que parece tener algo de litúrgico: Beatriz respiró sin abrir los ojos. Sus manos pálidas quedaron sobre la colcha: eran pálidas, blancas, ideales, transparentes á la luz; las venas azules dibujaban una flor de ensueño. Con los ojos llenos de lágrimas, la Condesa ocupó un sillón que había cercano. Estaba tan abrumada que casi no podía pensar, y rezaba confundidamente, adormeciéndose con el resplandor de la luz que ardía á los pies del Cristo en un vaso de plata. Ya muy tarde entró misia Carlota apoyada en su muleta, con los quevedos temblantes sobre la corva nariz. La Condesa se llevó un dedo á los la-

bios indicándole que Beatriz dormía, y la anciana se acercó sin ruido, andando con trabajosa lentitud. Murmuró en voz baja:

—¡Al fin descansa!

—Sí.

—¡Pobre alma blanca!

Sentóse y arrimó la muleta á uno de los brazos del sillón. Las dos damas guardaron silencio. Sobre el montante de la puerta la pareja de tórtolas seguía arrullando.

VI

A media noche llegó la Saludadora de Celtigos. Hiciera el camino en un carro de bueyes tendida sobre paja. La Condesa dispuso que dos criados la subiesen. Entró salmodiando saludos y oraciones. Era vieja, muy vieja; con el rostro desgastado, como las medallas antiguas, y los ojos verdes, del verde maléfico que tienen las fuentes abandonadas, donde se reúnen las brujas. La noble señora salió á recibirla hasta la puerta, y temblándole la voz preguntó á los criados:

—¿Visteis si ha venido también Fray Angel?

En vez de los criados respondió la Saludadora con el rendimiento de las viejas que acuerdan el tiempo de los mayorazgos:

—Señora mi Condesa, yo sola he venido, sin más compañía que la de Dios.

—¿Pero no fué á Celtigos un fraile con el aviso?...

—Estos tristes ojos á nadie vieron, mi señora.

Los criados dejaron á la Saludadora en un sillón. Beatriz la contemplaba: los ojos, temerosos y sombríos, abiertos como sobre un abismo. La Saludadora sonrió con la sonrisa yerta de su boca desdentada:

—¡Miren con cuánta atención está la blanca rosa! No me aparta la vista.

La Condesa, que permanecía de pie en medio de la estancia, interrogó:

—¿Pero no vió á un fraile?

—Á nadie, mi señora.

—¿Quién llevó el aviso?

—No fué persona de este mundo.

Ayer de tarde quedéme dormida, y en el sueño tuve una revelación. Me llamaba la buena Condesa moviendo su pañuelo blanco, que era después una paloma volando, volando para el cielo.

La dama preguntó temblando.

—¿Es buen agüero eso?...

—¡No hay otro mejor, mi Condesa! Díjeme entonces entre mí: vamos al palacio de tan gran señora.

La Condesa callaba pensativa. Después de algún tiempo, la Saludadora, que tenía los ojos clavados en Beatriz, pronunció lentamente:

—A esta rosa galana le han hecho mal de ojo. En un espejo puede verse si á mano lo tiene mi señora.

La Condesa le entregó un espejo guarnecido de plata antigua. Levantólo en alto la Saludadora, igual que hace el sacerdote con la hostia consagrada, le empañó echándole aliento, y con un dedo tembloroso trazó el círculo del rey Salomón. Hasta que se borró por completo tuvo los ojos fijos en el cristal:

—La Condesita está embrujada. Para ser bien roto el embrujo han de decirse las doce palabras que tiene la oración del Beato Electus al dar las doce campanadas del medio día, que es cuando el Padre Santo se sienta á la mesa y bendice á toda la cristiandad.

La Condesa se acercó á la Saludadora; el rostro de la dama parecía el de una muerta; sus ojos azules tenían el venenoso color de las turquesas:

—¿Sabe hacer condenaciones?

—¡Ay, señora mi Condesa, es muy grande pecado!

—¿Sabe hacerlas? Yo mandaré decir misas y Dios se lo perdonará.

La Saludadora meditó un momento.

—Sé hacerlas, mi Condesa.

—Pues hágalas...

—¿A quien, mi señora?

—A un capellán de mi casa.

La Saludadora inclinó la cabeza.

—Para eso hace menester del breviario.

La Condesa salió y trajo el breviario de Fray Angel. La Saludadora arrancó siete hojas y las puso sobre el espejo. Después con las manos juntas, como para un rezo, salmodió:

—¡Satanás! ¡Satanás! Te conjuro por mis malos pensamientos, por mis malas obras, por todos mis pecados. Te conjuro por el aliento de la culebra, por la ponzoña de los alacranes, por el ojo de la salamantiga. Te conjuro para que vengas sin tardanza y en la gravedad de aqueste círculo del rey Salomón te encierres y en él te estés sin un momento te partir, hasta poder llevarte á las cárceles tristes y oscuras del infierno el alma que en este espejo ahora vieres. Te conjuro por este rosario que yo sé profanado por ti y mordido en cada cuenta. ¡Satanás! ¡Satanás! Una y otra vez te conjuro.

Entonces el espejo se rompe con triste gemido de alma encarcelada. Las tres mujeres, mirándose silenciosas, con miedo de hablar, con miedo de moverse, esperan el día. Puestas las manos en la cruz esperan y esperan... Ya amanecía cuando sonaron grandes golpes en la puerta del palacio. Unos aldeanos de Celtigos traían á hombros el cuerpo de Fray Angel, que al claro de la luna descubrieran flotando en el río...

¡La cabeza yerta, tonsurada, pendía fuera de las andas!

R. de' Valle-Inclán.

ELECTRA reserva para el próximo número, entre otros, los siguientes trabajos:

El lujo, cuento por Vicente Blasco Ibáñez; *Galdós dramaturgo*, por F. Grandmontagne; *Diálogos aristocráticos*, por «Gil Blas de Santillana»; Artículos de Jacinto Benavente, Antonio Palomero, Luis Bello, Julio Pellicer y otros escritores, además de las secciones fijas.

Muy en breve comenzaremos á publicar, sobre cuestiones de enseñanza, sensacionales trabajos que llevarán firmas de reconocida competencia.

LAS NIÑAS

Del libro en prensa BESOS DE ORO

Quando llora la nieve postrera
y el almendro se viste de flores,
y al preludio de la Primavera
entrebren los nuevos amores;

al epílogo azul del Invierno,
que da el oro á las muertas campiñas,
del quimérico alcázar eterno
van bajando almas blancas de niñas.....

*
**

La primera alborada de Mayo,
con su fresca canción de rocío,
apagando la flama del rayo,
ha inundado de aromas el frío.....

¡Que florezcan las niñas! ¡Ya ríe
la sonata triunfal de la rosa!
¡ya en las brisas del mundo deslíe
el perfume de su alma amorosa!

¡Que el Placer haga carne de niñas!
Y las almas que alegran la calma
del frescor de las verdes campiñas,
á las carnes darán flor de alma....

*
**

Me embriagan las niñas..... Adoro
sus mejillas de nardo y violeta,
y en sus bucles de seda y de oro
doy mi beso mejor de poeta.....

Ellas son, sin saberlo, la Vida.....
Florilegios de los sentimientos,
en sus cálices albos, anida
la bandada de los pensamientos.....

Unas niñas creyéranse lirios,
otras, cantos, colores y brisas.....,
y las hay que parecen martirios
y las hay que parecen sonrisas.....

Y sus frentes de perlas y espumas
son simbólicas frentes.....; en ellas
hay á veces sollozos y brumas
y otras veces suspiros y estrellas.....

Me embriagan las niñas..... Semejan
florecientes abismos..... Mi anhelo
es besar las estelas que dejan
cuando vuelven en paz hacia el cielo....

*
**

Me ha pedido una madre que cante
la canción de las niñas..... ¡Quién fuera
el cantor que á los sueños pudiera
arrancar la canción más fragante!

Yo no sé la canción de las niñas.....
sólo sé que al bajar de lo Eterno,
ellas son en las verdes campiñas
el epílogo azul del Invierno.....

Sólo sé que son almas de rosas
que bajaron del cielo cantando,
que son blancas sus frentes radiosas
y que pasan la vida soñando.....

Sólo sé que se mueren..... Y adoro
sus mejillas de nardo y violeta,
y en en sus bucles de seda y de oro
doy mi beso mejor de poeta.....

Juan R. Jiménez.

Ideas actuales.

Muchos ídolos vacilan; por doquiera parece levantarse el grito impaciente del nuevo idealismo que ilumina la obra de los hombres y poetiza el vivir.

Como sol eclipsado, cuyos rayos manifestaran vehemente prisa por mostrarse de nuevo, la bella idealidad imperecedera, apunta aquí y allá; revélase en toda su desnudez delicada, en el campo científico, en la filosofía y en la vida.

Tiempo ha que el hombre lloraba el eclipse de la idealidad.

Y como la contradicción es un carácter de los modernos tiempos, viene el idealismo á convivir con el positivismo, y las concepciones mecanistas en boga, á inspirar tal vez al individuo que momentos antes adoraba á Büchner, hacía confesiones de un materialismo subido.

Oíd lo que nos dicen los sabios: ¡Sed lógicos!

Mas ¡qué lógica resiste al atractivo de sentir, de sentir con pasión, con vehemencia; de manifestar entusiasmos desinteresados, grandes!

¡Cuántos, si no fuese por la superior delectación que en el trabajo mental hallan, no darían todo el metodismo y gravedad de que hacen gala, hasta sus descubrimientos probables, por el goce sublime de extasiarse ante el perfil lejano de nevadas montañas, que reflejan luces violeta del Sol poniente; por sufrir y angustiarse ante el estremecimiento doloroso de la flor que crece entre ruinas la triste flor amarilla, corona de desolación, atalaya de los contornos, al ver undirse tras los montes en sombra, el vívido fuego que sostiene su vida!

Tiene la ciencia sencilla, la no espetada ni cargante, una belleza superior, hierática; pero al dejar el estudio de los hechos y suspender la marcha positiva que atenaza como disciplina de hierro el espíritu, diláta e éste con expansión gigante, y los ojos contemplan arrobados, suspendida entre cielo y tierra, como premio de amor, la imagen de la idealidad; la Virgen adorable de cabellos de oro, purísima calcedonia por frente, ojos claros de cielo y labios encendidos, sagrados como bordes de un vaso santo; margarita inestimable de infinito valer; sirio refulgente que anima con su brillar callado las quietas noches de la razón.

Inútil es entonces que voces conocidas griten á nuestro oído:

—¿Qué haces, hombre? La verdad soy yo; yo te daré la clave de la vida; de esa vida que no es, aunque otra cosa te parezca, sino un modo de movimiento, una curva de ecuación conocida, cuyo secreto te dará la Analítica; función no más de una *equis* compleja, casi en absoluto determinada.

¿Por qué alambicas el concepto del amor?

Materializa, hombre; ese amor queda reducido á la categoría de sencillo *reflejo*; excitación en la periferia; ascensión del influjo hacia los centros, con derivación de reflejos inferiores; marcha á través de la corteza, donde tienen lugar distintas asociaciones, y exteriorización de ese influjo en el abrazo.

Y eso mismo es el pensamiento. Y á eso se reduce tu existencia entera.

Toda manifestación tuya, tiene su origen fuera de ti; los sentidos, alerta al extremo del arco, son los que te hacen vivir; los que determinan tu vida psíquica; sin ellos no tendrías alma.

Inútil es también, que el nuevo epicureismo, alce junto á nosotros la voz, diciendo:

—¡Hijo de hereditarios, desdichado engendro de la decadencia, no te cures de cosa alguna, sino de ti; huye al prójimo como individuo de una raza maldita; sé virtuoso á la moderna, por ser esa virtud lo único que puede asegurarte salud y tranquilidad, y crea para tu uso una moral que te garantice la paz en el mundo!

Algunos sucumben; para el hombre á que me refiero, todo resulta inútil. Tiene, latente ó manifiesta, sed de idealidad; será, si es preciso, positivista á ratos; idealista rabioso, el resto del día; unirá en monstruoso consorcio filosofías antagónicas, con asombro de algunos, que no sabrán qué pensar de él.

Y él seguirá en el fondo extatificado ante su clara visión, de ella pendiente, por ella vencido, girando sin voluntad en torno de su Sol que le reserva delicias hasta el vértigo, y el picante placer anarquista de rebelarse contra lo estatuido é imposible de evitar; contra el lenguaje inapelable de los hechos, creándose para sí sólo un mundo aparte.

Honor á vosotros, filósofos, escritores y artistas, cuantos con el libro, el cuadro ó la escultura eleváis vuestro incienso en nuestros días á la deidad resucitada. Cada obra vuestra que aparece, es radiante ola de luz y de bondad, de juventud y belleza, destinada á reanimar el mundo.

J. Maria Llanas Aguilaniedo.

Felipe IV

(Retrato de la época.)

Nadie más cortesano ni pulido
que nuestro rey Felipe, que Dios guarde,
siempre de negro hasta los pies vestido.

Es pálida su tez como la tarde,
cansado el oro de su pelo undoso,
y de sus ojos el azul cobarde.

Sobre su augusto pecho generoso
ni joyeles perturban ni cadenas
el negro terciopelo silencioso.

Y, en vez de cetro real, sostiene apenas,
con desmayo galán, un guante de ante
la blanca mano de azuladas venas.

Manuel Machado.

Domingo en Toledo.

Aquel día me levanté á las doce y no pude asistir como acostumbraba á la misa del convento. Me había acostado al amanecer, y al despertarme me encontré con que estaba retrasado cinco horas respecto á los demás días.

Comí en la posada y me dirigí en seguida al convento por ver si su iglesia estaba abierta, como domingo; pero viendo que no lo estaba, comencé á pasearme por las callejuelas próximas. Cerca había una plaza triste, solitaria, á la cual se llegaba recorriendo dos estrechos cobertizos, oscuros y tortuosos.

A un lado de la plaza se veía una de las fachadas de la iglesia con su pórtico bajo, sostenido por columnas de piedra y cubierto con techumbre de tejas llenas de musgos. En los otros lados se veían altas paredes de ladrillo, con una fila de celosías junto al alero, y puertas hurañas y ventanucas con rejas carcomidas en la parte baja. Un silencio de campo reinaba en la plazoleta; el grito de algún niño ó las pisadas del caballo de algún aguador que otras veces turbaban el callado reposo, no sonaban en el aire tranquilo de aquella tarde dominguera plácida y triste. El cielo estaba azul, limpio, sereno; de vez en cuando llegaba de lejos el murmullo del río, el cacareo estridente de algún gallo.

Inquieto é intranquilo sin saber por qué, con el corazón encogido por una tristeza sin causa, sentí una gran agonía en mi espíritu al oír las vibraciones largas de las campanas de la catedral y hacia la santa iglesia encaminé mis pasos.

Era la hora de las vísperas. La gran nave estaba negra y silenciosa; me arrodillé junto á una columna y esperé. Sonó una hora en el gran reloj, y comenzaron á salir curas y canónigos de la sacristía y á dirigirse al coro. Resonó el órgano; se vieron brillar en la obscuridad por debajo de los arcos de la sillería tallados por Berruguete luces y más luces. Después, precedidos de un pertiguero con peluca blanca, calzón corto, la pertiga en la mano, que resonaba de un modo metálico en las losas, salieron varios canónigos con largas capas negras acompañando á un cura revestido de capa pluvial. A los lados iban los monaguillos; en el aire obscuro de la iglesia se les veía avanzar á todos como fantasmas y las nubes de incienso subían el aire. Toda la comitiva entró en la capilla mayor: se arrodillaron frente al altar, y el que estaba revestido con la capa pluvial de líneas rígidas como las de las imágenes de las viejas pinturas bizantinas, tomó el incensario é incensó varias veces el altar. Luego se dirigieron todos á la sacristía, desaparecieron en ella, y al poco rato volvieron á salir para entrar en el coro. Y empezaron los cánticos tristes, terribles, sobrehumanos... No había nadie en la enorme iglesia, sólo de vez en cuando pasaba alguna sombra negra y torturada.

¡Oh, Toledo! Mística ciudad de los sueños de un poeta, reina de las ciudades! En tus iglesias y en tus plazas solitarias he creído yo encontrar, por un momento, la vieja fe de los antepasados. Aquel día creí apoderarme de ella, y arrodillado en el suelo lloré durante largo tiempo.

Al salir á la calle me encontré sin un átomo de fe en la cabeza, y recorrí callejuelas buscando en el silencio, lleno de misterio de las iglesias

emoción tan dulce que hacía llegar las lágrimas á los ojos, y no la encontré.

Callejeando salí por la puerta del Cambrón, y desde allá, por la Vega, hacia la puerta Visagra, y paseé por la explanada del hospital de Afuera. Al anochecer, desde allá, aparecía Toledo severa, majestuosa; desde la Cuesta del Miradero tomaba el paisaje de los alrededores un tono amarillo, cobrizo, como el de algunos cuadros del Greco, que terminaba al caer la tarde en un tinte calcáreo y cadavérico.

En la posada descansé un momento. Salí en seguida á la calle. Había niebla, y el pueblo tomaba envuelto en ella unas proporciones gigantescas. Las calles subían y bajaban, no tenían algunas salida. Era aquello un laberinto; la luz eléctrica, tímida de brillar en la mística ciudad, alumbraba débilmente, rodeada cada lámpara por un nimbo espectral. En las encrucijadas parecía que bailaban las sombras.

Con la cabeza llena de locuras y los ojos de visiones anduve; en una calle, que no conocí cuál era, vi pasar un ataúd blanco, que un hombre llevaba al hombro, con una cruz dorada encima.

—Ahí van á enterrar una niña—pensé.—Habrá muerto dulcemente, soñando en un cielo que no existe. ¿Y qué importa? Ha sido feliz, más feliz que nosotros que vivimos.

De pronto, el misterio y la sombra parecieron echarse sobre mi alma, y sentí miedo, y un escalofrío recorrió mi espalda y eché á correr velozmente hacia el pueblo.

Me sentía loco, completamente loco: veía sombras por todas partes. Me detuve. Debajo de un farol estaba viendo el fantasma de un gigante en la misma postura de las estatuas yacentes de los enterramientos de la catedral, la espada ceñida á un lado y en la vaina, la visera alzada, las manos juntas sobre el pecho en actitud humilde y suplicante, como correspondía á un guerrero muerto y vencido en el campo de batalla.

Desde aquel momento ya no supe lo que veía: las paredes de las casas se alargaban, se achicaban, en los portones entraban y salían sombras; el viento cantaba, gemía, cuchicheaba. Todas las locuras se habían desencadenado en las calles de Toledo. Dispuesto á luchar á brazo partido con aquella ola de sombras, de fantasías, de cosas extrañas que iban á tragarme, á devorarme, me apoyé en un muro y esperé... A lo lejos oí el rumor de un piano; salía de una de aquellas casas solariegas, presté atención, tocaban *Loin dubal*.

Pío Baroja.

Habiéndose agotado la edición que calculamos para toda España solamente en Madrid, nos hemos visto obligados á servir con retraso los pedidos de fuera. En lo sucesivo no sufrirán ningún retraso cuantos corresponsales nos hicieren pedidos en firme.

Cuatro palabras

SOBRE LA ÓPERA ESPAÑOLA

Como no soy músico puedo hablar con entera independencia, pues si es verdad que no han contado conmigo, también lo es que de nada podría servirles mi cooperación. Conste, además, que aplaudo el buen propósito aunque desconfíe de sus resultados.

Cuando hace algunos meses me hablaron de un proyecto de *teatro lírico catalán*, me pareció excelente y sentí mucho que mis cavilaciones del momento me impidiesen ayudar á los iniciadores de la idea. Continuamente nos quejamos de que nuestros artistas se limiten á explotar financieramente sus aptitudes perseverando en la tarea innoble de fomentar en una buena parte del público el mal gusto dominante. Y cuando tratan de emanciparse y de trabajar honradamente por sus ensueños, no es cosa de negarles nuestro apoyo, so pretexto de que la idea adolece de algún defecto.

En el principio de una buena lucha hay el principio de la buena victoria. Un grupo de hombres de buena voluntad se propone, si no crear, hacer que arraigue en nuestra vida social la ópera española. Pero la peor manera de ayudarle es publicar en los periódicos artículos encomiásticos, bombos inmerecidos que no han de contribuir en modo alguno á corregir los posibles errores del proyecto.

Otra cosa sería si se iniciase una amplia discusión y acudiese la crítica á censurar noblemente y sin contemplaciones lo que tuviese por malo, y á sostener la excelencia y necesidad de las ideas ó elementos olvidados.

¿Estamos preparados para que nuestros artistas creen y el público acepte y aplauda una ópera genuinamente española?

He aquí una cosa que convendría discutir. Pero ¿quién la discutirá? Los únicos que podrían decir algo sobre el asunto son los mismos artistas, y éstos bastante tienen que hacer poniendo música á los malos libros que les ofrece una pléyade de literatos perfectamente cerrados á toda ilustración musical.

La verdadera crítica no existe. Aun en los periódicos de gran circulación no se encuentra un artículo aceptable que juzgue los trabajos de la Sociedad de Conciertos. Á muchas solemnidades musicales no puede asistir el que hace las veces de crítico porque ha de hacer la revista de una *corrida extraordinaria*, ó porque ha de escribir el relato del último crimen ó el de una *agitada* sesión del Congreso.

Una vasta educación musical, un perfecto conocimiento de los clásicos y de los aires del país, una erudición profunda fundada sobre la lectura de las numerosas obras que en todas partes de Europa, menos en España, se publican, puede pedirse á uno ó dos jóvenes de Barcelona, como Pena de *Juventut* y Puig Samper de *La Vanguardia*; pero es inútil buscarla en otros críticos. Una excelente momia tenemos en no sé qué Academia, el Sr. Sbarbi, pero hace tiempo que no *ejerce*. Y el caso aislado del Sr. Pedrell, en el cual se reúnen las tres personalidades del artista, del crítico y del erudito, no basta, como es natural, para crear la controversia.

Todavía estamos aquí en el período del *a ficionado inteligente*. Todos